

nización política del Occidente ; mientras que el imperio de Oriente iba perdiendo su antiguo esplendor, á medida que las herejías iban oscureciendo y debilitando la fé.

Los eutiquianos, cuyo error más ó ménos velado habia sido reproducido con tanta obstinación, alcanzaron nuevo vigor en la segunda mitad del siglo VI, particularmente en la Armenia y en la Mesopotamia por la propaganda de Juán Zanzalo, monje sirio, elevado á la silla episcopal de Edesa por los eutiquianos en 541. Los nuevos sectarios llevaron el nombre de jacobitas.

La herejía de los triteístas, que, admitiendo tres naturalezas distintas en la Santísima Trinidad además de la naturaleza común, admitía consiguientemente la existencia de tres dioses, fué predicada por Juán Filopono, de Alejandría, en 540. Este heresiarca tuvo un número muy considerable de partidarios.

Los agnoetes, es decir ignorantes, tuvieron por fundador al diácono Ahemistio de Alejandría. Estos sectarios, procedentes en su mayor parte de los monofisitas, pretendían que Jesucristo habia ignorado muchas cosas, y que no habia en él más que una naturaleza, como resultante de la unión de la divina con la humana.

Volvamos á la Tebaida en donde encontraremos nuevos modelos de santidad.

UN MONASTERIO DE EGIPTO VISITADO POR SAN JUAN CLIMACO ¹

Los monasterios de Egipto se hallaban en un estado tan deplorable, que san Fulgencio, abad de un monasterio de

¹ Vit. PP. S. Juan Climaco, Focio, Surio y los Bolandos.

Africa, despues de leer las obras de Casiano y la *Vida de los Padres de estos desiertos*, y deseando visitarles con la esperanza de ver á los sucesores de las virtudes de estos grandes hombres, desistió de su proyecto por consejo de san Eulalio, obispo de Siracusa, que le manifestó el deplorable estado de la iglesia de Alejandría, separada á la sazón de la comunión con la silla de san Pedro.

Pasemos estos desgraciados tiempos para venir á los de san Eulogio, que subió á la silla de Alejandría hacia el año 580. Este Santo habia sido ordenado sacerdote en Antioquia, y gobernó un monasterio que el emperador Justiniano habia hecho edificar en honor de la Santísima Virgen. Habiendo llegado á Constantinopla, contrajo amistad con san Gregorio Magno, que se hallaba en esta capital como delegado del papa Pelagio. Su unión fué tan estrecha, que la conservaron siempre, y fomentaron sosteniendo frecuente correspondencia, como consta de muchas de las cartas de san Gregorio. Este santo Prelado trabajó mucho por la Iglesia : celebró en 588 un concilio para procurar la conversión de los Samaritanos, y escribió contra diversos herejes, muriendo colmado de merecimientos hacia el año 608.

En su tiempo san Juán Climaco, que florecia en el desierto de Sina, hizo un viaje á Egipto. En el cuarto grado de su *Escala santa*, habla de un célebre monasterio situado cerca de Alejandría y habitado por religiosos muy perfectos. Vamos á referir la que dice acerca de ellos, como uno de los monumentos más edificantes del estado monástico, y como una prueba evidente, de que, á pesar de los desórdenes producidos por la herejía en estas provincias, hubo siempre monasterios que se conservaron en la integridad de la fé y en la pureza de la observancia regular.

La comunidad de este santo monasterio se hallaba compuesta de trescientos religiosos. El superior que la gover-

naba era hombre de una ciencia eminente, y dotado de un celo admirable por la santificación de sus religiosos. Para ello no omitía ni exhortaciones, ni correcciones, ni pruebas: su principal cuidado era conservarlos en la más estrecha unión, y formarlos en la más ciega obediencia. Los escuchaba caritativamente en sus dudas, en sus tentaciones y trabajos: vigilaba sus más insignificantes acciones para corregir cualquier defecto, por pequeño que fuese: probaba su virtud para hacerla más pura y sólida, y por último, proporcionaba á los pecadores que querían convertirse los medios de reconciliarse con Dios: á los que entraban en el camino de la penitencia, medios de reparar sus pecados: á los que caían, medios de levantarse; á los que se sostenían en el bien, medios de adelantar, y á los que adelantaban, medios de perfeccionarse. Tal era el superior de este monasterio, tal la sabiduría de su gobierno: así es que san Juan Climaco habla de él con trasportes de admiración en su *Carta al Pastor*.

Escuchemos, pues, á este santo doctor, que habla como testigo ocular. « Habiendo ido un día, dice, al monasterio de un excelente juez y de un caritativo pastor, ví muchas cosas dignas de admiración y de memoria, tanto en él como en su célebre grey. Permanecí bastante tiempo con ellos, informándome con el mayor cuidado de su conducta y disciplina, y no concluyendo de admirar como estas criaturas terrestres imitan á las celestiales. Todo el tiempo de mi vida no me sería suficiente para referir las virtudes de estos bienaventurados solitarios. »

« Hallábanse íntimamente unidos por los vínculos insolubles de la caridad cristiana; pero este afecto era tan puro, que no permitía la libertad indiscreta de las palabras, ni se entregaban á vanas é inútiles conversaciones; sino que cada cual procuraba no proferir una sola frase, que pudiese herir la conciencia de los demás. Habían concertado entre

si ciertas prácticas para ayudar á los demás, para corregir sus propios defectos y adelantar en la virtud. »

« Si alguno, en ausencia del abad, comenzaba una conversación poco caritativa para con el prójimo, ó poco adecuada á las reglas de la gravedad religiosa, ó simplemente inútil, se lo advertía alguno otro por medio de un signo secreto, para que los demás no lo advirtiesen. Si este religioso no entendía la señal, se hincaba el otro de rodillas ante él, y se retiraba.

« Lo mismo hacía, cuando, al pasar por algún sitio del monasterio, veía que disputaban dos hermanos, con el fin de dulcificar sus ánimos con su humillación exterior, y disipar los primeros movimientos de cólera.

« Si descubrían que algún hermano tenía aversión á otro, se avisaba al superior, el cual cuidaba de reconciliarlos, y en caso de no conseguirlo, enviaba al culpable á otro monasterio para que hiciese penitencia. En cuanto á aquellos á quienes de nada servían las amonestaciones del abad ni las humillaciones, se les castigaba privándoles de la comida hasta que se reconciasen, y si continuaban obstinados, se les echaba del monasterio. Así se hizo con uno de ellos que tuvo la osadía de hablar injuriosamente de otro en presencia del superior, diciendo que era necesario que no hubiese en el monasterio dos demonios, uno visible y otro invisible. »

« Sus conversaciones ordinarias versaban sobre objetos propios para la edificación, principalmente sobre los que excitaban á sentimientos de contrición, de mortificación y desprendimiento de las cosas terrenas, tales como el pensamiento de la muerte y del juicio final. »

« Se corregían mútua y caritativamente por medio de signos secretos, y se excitaban, al espíritu de vigilancia y de oración. Si alguno cometía alguna falta, venían los demás á pedirle que les permitieran compartir con él los

beneficios de la corrección y de la penitencia que debía imponerle el abad. »

« Este abad celebraba ordinariamente su capítulo despues de la oración de la tarde, sentándose para ello en una silla tejida de varas de mimbre, y les dirigia su palabra con tanta unción y fervor, que los religiosos sentados á su alrededor, cual enjambre de sabias abejas, le escuchaban cual sí les hablase el mismo Dios. »

« Las ordenes que daba este excelente superiora sí como las penitencias que imponia, estaban inspiradas en la justicia y en la caridad. A uno mandaba que recitase cincuenta salmos ántes de acostarse, á otro treinta, á otro ciento, á éste que hiciese tanto número de genuflexiones, y á aquel, por último, que durmiese sentado. Imponia también á algunos que leyesen, y á otros que hiciesen oración durante cierto tiempo. »

« Escogia dos de entre los religiosos, para que observasen si durante el dia hablaban algunos, ó estaban ociosos, y si durante la noche hacian vigiliias irregulares é indiscretas. »

« Extendia también sus cuidados á dar á cada uno el alimento que le convenia : pues debia ser diferente según las necesidades de cada religioso. Así pues daba manjares más suculentos á los enfermos, ó que tenian una complexión más debil, y ménos nutritivos á los que eran más vigorosos, siendo de admirar que todos ejecutaban fielmente sus órdenes, sin que profiriesen la más leve queja, y cual si recibiesen del mismo Dios el sustento. »

« Este superior, cuya conducta estaba siempre inspirada por la prudencia y por una caridad dulce y condescendiente, por lo cual puede llamársele con justicia el padre de los padres y el doctor de los doctores, se encontraba lleno de gozo y de consuelos celestiales viendo los progresos que hacian sus religiosos. Examinaba con atención las disposi-

ciones de cada uno de ellos, y trataba con más severidad que á los otros, á aquellos en quienes observaba un deseo ardiente de santificarse, con objeto de darles con estas pruebas medios más poderosos para que adelantasen. Cuando veia que algunos estaban todavía apegados á su propia voluntad ó á alguna cosa del mundo, los privaba con tanta oportunidad de aquello mismo que amaban, que procuraban ocultar sus afectos y pasiones, y llegaban á concebir una gran indiferencia de todas las cosas y un desprendimiento absoluto de su propia voluntad. »

« Decia que era mejor echar á un religioso del monasterio, que permitirle que permaneciese en él para hacer su propia voluntad, pues con frecuencia ocurre que el superior que expulsa á los religiosos soberbios, los hace, con esta humillacion, más modestos y humildes, y los enseña á renunciar á su propia voluntad ; miéntras que el que, por una falsa caridad y una mal entendida condescendencia, los tolera, dá motivo á que estos pobres desgraciados lo maldigan y detesten cuando salen al mundo, considérándose perdidos por su cruel indulgencia, cuando con una severa caridad hubieran podido salvarse. »

Debemos observar que el acto de expulsar á un religioso del monasterio no equivalia á cerrarle para siempre sus puertas : pues el que sufría esta pena se quedaba en la parte exterior en actitud suplicante, y humillándose ante todos los que entraban y salian, para que alcanzasen del superior que lo admitiese nuevamente. Con frecuencia permanecian en esta actitud durante muchos años, segun lo creia conveniente el abad para su enmienda, ó para la edificación de los demas religiosos.

A veces solia imponer esta pena por faltas de poca consideración, teniéndose para ello en cuenta la virtud de los delincuentes, ó su sumisión para humillarlos y purificarlos. San Juan Clímaco cita este ejemplo. « Habiendo notado

este pastor que algunos religiosos hablaban durante el oficio divino, á que yo mismo asistí algunas veces, les ordenó que permaneciesen durante una semana á la puerta de la iglesia, y que se postrasen como acostumbraban hacer los penitentes, ante todos los que entraban. » No tardaremos en ver otros ejemplos muy dignos de admiración, de la caritativa severidad de este superior. Pero lo que demuestra que estaba ilustrado por el espíritu de Dios, es el fruto producido por la observancia regular y por la perfección de sus religiosos.

« Esta disciplina tan exacta y laudable, dice san Juan Clímaco, no era estéril é infructuosa, sino que producía excelentes frutos aún á los ojos del mundo. Muchos de estos religiosos se distinguían por sus obras y por su contemplación, siendo tan humildes como discretos. Un espectáculo muy conmovedor y que al mismo tiempo producía reverencia y temor, era ver á algunos ancianos, en quienes resplandecía una majestad llena de respeto, correr como niños para ejecutar las órdenes del superior, y que cifraban su mayor gloria en prestarle humilde sumisión. He visto á algunos hombres que habían pasado cincuenta años en esta obediencia, confesando que, por la práctica de la renuncia y de la humillación, se habían librado [del combate de muchas tentaciones, y á otros, que habían adquirido la más completa insensibilidad en las injurias y ofensas.

« Entre estos hombres dignos de eterna memoria he visto á otros que, ceñida su frente por la blanca aureola de la ancianidad, y reflejándose en sus rostros la tranquilidad de los ángeles, han adquirido con la gracia de Dios y con sus trabajos una perfecta inocencia y una sabia sencillez, que nada tenía de esa debilidad de la razón y de esa ligereza pueril, que hace despreciables á los ancianos del mundo. Exteriormente no se veía en ellos más que una extrema

dulzura, una bondad maravillosa y una agradable afabilidad, sin nada de afectación ni de estudio, tanto en sus palabras como en sus costumbres. Y en lo concerniente á lo más íntimo de sus almas, no suspiraban más que por Dios y por su superior, como tiernos niños, sencillos é inocentes que miran amorosamente á su padre, mientras que con mirada ruda y audaz dirigen sus ojos contra el demonio y contra el vicio. »

« Pregunté á uno de los más virtuosos de estos Padres, como la obediencia tiene por compañera á la humildad, y me respondió: Aún cuando el que es obediente y reconocido para con su director resucitase los muertos: aún cuando tuviese el don de lágrimas: aún cuando hubiese sido librado de la lucha de las tentaciones y de las pasiones, lo atribuiría todo á los oraciones de su padre espiritual, y de este modo estará exento de toda presunción: pues ¿ como había de envanecerse por una cosa que conoce haber hecho con los auxilios de su padre, y no con sus propias fuerzas ?

« Habiendo observado un día que uno de los religiosos prestaba más atención que los demás al canto de la salmodia, que parecía tener un sentimiento de devoción extraordinaria, y que, al empezar el oficio, parecía por los gestos de su semblante, como que hablaba con alguna persona, le supliqué que me dijese la causa, y me contestó: Padre mio, cuando empiezo el oficio divino, tengo costumbre de recoger mi pensamiento y todas las potencias de mi alma, y llamarlas diciéndoles: Venid todas á adorar á Jesucristo nuestro Rey y nuestro Dios, y á postraros ante su presencia ¹.

« Observando con curiosidad las acciones del que cuidaba del refectorio, ví que tenía colgadas de la cintura

¹ Ps. xcvi, 6.

unas pequeñas tablillas, en las cuales supe que escribía diariamente todos los pensamientos que se le ocurrían para dar cuenta de ellos al abad, lo cual hacía por su orden, así como otros muchos ».

« No quiero pasar en silencio la virtud singular del cocinero de esta casa. Cuando le ví conservar en medio de las ocupaciones propias de su servicio un perpetuo recogimiento y un derramar constantemente lágrimas, le pregunté como había alcanzado de Dios esta gracia. Nunca creo, me respondió, servir á los hombres sino á Dios, y como me he condenado á mi mismo y juzgado indigno de ningún reposo, este fuego que tengo ante mi vista, me recuerda á todas horas las llamas eternas del infierno.

Refiere también el mismo Santo una conversación que tuvo con uno de los religiosos, y que por ser muy extensa, no insertamos en este lugar. Versa principalmente sobre la necesidad de combatir y renunciar á la propia voluntad, de abrazar con ánimo y generosidad la paciencia que todo lo sufre, la humildad que se coloca por bajo de todos, y la caridad que los une á todos como verdaderos discípulos de Jesucristo, Entre otras muchas son muy notables estas palabras : Tened siempre la cruz en vuestro corazón, y encajadla en vuestro pensamiento, como se encaja el yunque en la madera, para que pueda resistir á todos los golpes de la tentación, de la tribulación y de la humillación sin ser herido ni quebrantado.

Dice, por último, que habiendo rogado á algunos de estos ancianos que le manifestasen su opinión acerca de la vida de los anacoretas, le respondieron con cierto aire de satisfacción : Padre mio, nosotros, por lo mismo que somos groseros y materiales, hemos abrazado tambien el genero de vida más grosero, considerando que debemos emprender una vida proporcionada á nuestras fuerzas, y que vale más combatir solámente contra hombres que se encolerizan

algunas veces, pero pasajeraamente, que pelear contra los demonios que están siempre dispuestos á confundirnos.

Pero como el excelente abad de este monasterio quisiese atender á las inclinaciones y necesidades de todos sus religiosos, y suministrarles medios de santificación en armonía con sus aptitudes particulares, había edificado una laura para los que, habiendo llegado á elevada perfección, podían practicar la vida de los anacoretas, y un monasterio de penitencia para los que tenían la desgracia de apartarse de la santidad de su profesión. Muy pronto hablaremos de este monasterio : san Juan Clímaco se ocupa de la laura en estos terminos :

« El superior tenía también á su cargo una laura, es decir, cierto número de pequeñas celdas, situadas en el desierto, á cierta distancia unas de otras, y á las cuales enviaba á aquellos de sus religiosos que habían llegado á un grado sublime de virtud, para que viviesen santamente en la soledad. »

DE ALGUNOS SOLITARIOS CONOCIDOS POR SAN JUAN CLIMACO

San Juan Clímaco no se contentó con tratar en general de la observancia y de las virtudes del célebre monasterio de que acabamos de hablar, sino que confirma esta su edificante relación con algunos ejemplos, que dan á conocer el espíritu de sabiduría y de discernimiento del superior que lo dirigía, y la eminente virtud de los que vivían bajo su gobierno.

El primer ejemplo que refiere es el de la conversión de un insigne ladrón, de que fué testigo. Habiéndose presentado este hombre en el monasterio, solicitando ser admitido como religioso, le ordenó primeramente el abad que descansase durante siete dias, en los cuales podía observar el género de vida que se hacía en la casa. Pasado este